

Abrazos perpetuos

Kathya Carvajal

I wish I was on a spaceship
Just me and my dog and an impossible view

I dream about it
And I wake up falling

BOYGENIUS, «ME & MY DOG»

119

El 5 de agosto del 2020, Conny y yo pasamos juntas. En ello se basaban mis días: estar encerrada en mi habitación, ver series, escuchar música, leer, hacer deberes y caminar entre esas cuatro paredes. En las madrugadas, mientras escribía poemas absurdos para presentar en la clase de Lírica o trataba de completar las fichas de lectura, ella descansaba bajo el escritorio con mis pies sobre su barriga, que se estremecía entre movimientos lentos y acelerados. Por ratos, su cuerpo era invadido por pequeñas sacudidas que me hacían brincar de la angustia. A través del tacto entre las plantas de mis pies y su pecho lograba sentir cómo cada uno de los órganos que se alojaban en el interior de esa pequeña masa de carne se desplazaban. Un temblor se suscitaba en su organismo, como si cada noche, después de emitir sus primeros ronquidos, despertara un universo completo en las profundidades de su cuerpo. Algo me llamaba; sus latidos exigían mi intervención. Al final, terminaba cansada por esas ideas. Me convencí de que eran producto de mi ima-

ginación por el estrés de la universidad. Mojaba mi rostro y trataba de olvidar esas imágenes que se proyectaban desde sus intestinos hasta sus pulmones. Conny despertó, sus ojos se posaron sobre mí, dos bolas color caoba rodeadas por cantidades inagotables de pelo negro. Ambas estuvimos en silencio, no parpadeamos. Ella lo sabía y decidió guardar el secreto.

Durante las tardes, dormía sobre mi cama, a pesar de que Alexandra, mi madre, era reacia a mi decisión. Decía que las bacterias que albergaba Conny en sus patas acolchonadas se dispersarían sobre mis sábanas hasta lograr sumergirse en mi cuerpo. Pero todas las mañanas, Alexandra y Conny amanecían juntas. Formaban un nudo en el que ambas pretendían protegerse de las tribulaciones que ocurrían fuera de nuestra casa, también de esa enfermedad que nos respiraba sobre la nuca y amenazaba con desequilibrar el número original de integrantes en mi familia. Cuando el reloj marcaba las ocho de la mañana, invadía el territorio construido a base de almohadas y sábanas. Me acostaba junto a ellas y caía en manos de un sueño profundo que no me liberaba de sus riendas hasta las once o doce del día, cuando Alexandra y Conny ya no se encontraban junto a mí porque dos horas antes se retiraban del cuarto para ir a desayunar.

Me desperté y al colocar mis pies sobre el suelo, sentí que algo recorría todo mi cuerpo. El pellejo de mis dedos se tensó. Mi piel, en ese momento, era una plancha de poliestireno víctima de pinchazos. Puntas inexistentes arremetían sobre mí, como si fuera un cuerpo abandonado a la intemperie del cuarto de mi madre. Fui víctima de aves imaginarias que pugnaban por picotear hasta formar agujeros que permitieran el retiro de mis vísceras. Los alimentos que había digerido la noche anterior empezaron a revolotear en mi estómago. Lo que experimenté en ese momento no fue una sensación de mareo. De forma súbita, el terror se marchó. Fue un acontecimiento nunca experimentado: cuando lo desconocido nos visita sin avisar, surge el miedo.

Salí de la habitación. Alexandra y Conny descansaban sobre el mueble. La canina me miró. Su rostro lucía somnoliento. El hocico se entreabrió para producir burbujas miniaturas de saliva, como si tratara de murmurar algo, lo que era imposible; lo más seguro era que estaba a la expectativa de cualquier movimiento extraño para correr y ladrar sin compasión hasta vulnerar los oídos de mi mamá, quien sí dormía. Fui a la cocina para preparar mi desayuno, pero el apetito no a floraba. Los órganos de Conny aparecieron frente a mí, levitando sobre la cocina. La sangre caía sobre el piso, las gotitas empezaban a formar un charco espeso que se desplazaba hasta mis medias. Cerré mis ojos, conté hasta diez, los abrí y todo volvió a la normalidad. Conny estaba en la sala con mi mamá. Las tres estábamos vivas. Las tres respirábamos. Nuestras entrañas estaban encerradas bajo nuestras carnes. Mi piel estaba sana, sin un solo agujero.

Tener pensamientos intrusivos no era algo nuevo en mí, que siempre mantenía una mirada negativa sobre cualquier evento. En caso de que una desgracia aconteciera, ya estaba lista para experimentar el dolor. Y desde que la pandemia nos acechó, empecé a tener pesadillas e imaginar cómo mi papá, mi mamá o yo podríamos contagiarnos en el momento menos inesperado. Todo era sinónimo de muerte, y tres semanas antes de que esas imágenes terroríficas poseyeran mi cerebro, Conny estuvo en peligro.

Fue un miércoles 15 de julio de 2020, y me despertó mi primer nombre. «jjjjjjKATHYAAA!!!!!» fue el grito estruendoso que Alexandra emitió a las siete de la mañana. En la escalera, un pequeño roedor asomaba su cabecita. La imagen era asquerosa: a nadie le gustan los pulperos. A veces, creo que el animal se burlaba del temor que produjo en mi mamá. Ella detesta tanto esos «seres repugnantes» que, si tuviera la oportunidad, exterminaría a todos los ratones del mundo. Aún me encontraba adormecida y no sabía qué hacer. Tampoco teníamos gatos: la canina los detestaba.

Cuando aparecía un roedor muerto en el jardín, era mi obligación recogerlo y llevarlo al depósito de basura, a dos cuadras de mi casa, pero ese organismo gris estaba vivo y obstinado en arruinar nuestras vidas. Fui al cuarto a buscar a Conny y ella se escondió bajo la cama. Todas temíamos, fuimos doblegadas por un mamífero insignificante que probablemente no medía más de seis centímetros. En la noche, mi papá recibió todas las quejas por parte de Alexandra. La labor de él era eliminar al ratón, aunque fuimos realistas; seguro era toda una familia de ratas. La siguiente noche, mi padre se encargó de colocar una trampa en donde estaba situado un pedazo de carne cruda, pero no funcionó. Las ratas evadieron todas nuestras jugadas. Estábamos cansados y asqueados, hasta que surgió un plan macabro: veneno.

Llegó el 6 de agosto y ni un solo ratón murió. Conny, sí. Describir todo lo que pasó esa mañana me lastima. Es inevitable derramar lágrimas al escribir esto. Me duele saber que los pensamientos intrusivos no eran producto de mi ansiedad. El cuerpo de mi compañera transmitía un mensaje que no fui capaz de descifrar. Eran las diez de la mañana o las nueve, no recuerdo. Mi mamá dijo que Conny aún no bajaba de la terraza. Su comida estaba en el plato, todo lucía normal como siempre. Pasaron diez minutos y mamá decidió subir para ver qué sucedía con la perra. Por mi cabeza cruzó la posibilidad de que a escondidas se llevó una de mis medias para morderla sin misericordia. «¡KATHYA!» volvió a retumbar por toda la casa, pero de forma desgarradora. Aquel grito atravesó mi cuerpo. Subí las escaleras con rapidez, hasta que llegué a la puerta y me paralicé. Mi peor pesadilla se cumplió, Conny estaba convulsionando. Espuma corría por los alrededores de su hocico. El terror se aferró a mis piernas: no lograba mover un solo músculo. Alexandra me gritaba y yo solo pensaba en sus órganos, que ya no levitaban como antes. Los imaginaba aferrándose a su piel interna mientras intentaban escapar de aquel apocalipsis. El interior de su cuerpo se apagó. Todo estaba lastimado. Su corazón latía con tan-

ta fuerza, que era cuestión de minutos para que se quedara inmóvil. La terraza estaba atestada por el vómito de Conny. Mamá y yo temblábamos tanto que no sé cómo logramos encender el carro e ir en busca de un veterinario.

A las dos de la tarde, la veterinaria dijo que no existía nada más por hacer; Conny no sobreviviría. Su sistema nervioso estaba infestado por veneno, ese que suponíamos que acabaría con los ratones. Sugirió dormirle para siempre. Hacerlo fue una de las decisiones más dolorosas que tomé en años. ¿Cómo autorizar la muerte de un ser a quien amas tanto? Mi papá y yo no entendíamos cómo era posible que Conny digiriera el veneno si él estaba seguro de que había limpiado absolutamente todo. Horas después, descubrimos que los roedores tienen la capacidad para expulsar las cosas que ingresan a su organismo: son tan inteligentes que perciben el veneno y lo vomitan. Conny no fue inteligente. Ella solamente fue víctima del hambre. Jamás me perdonaría no haber intervenido entre la muerte y el cuerpo de mi perra. Esa frustración y odio de Alexandra hacia los ratones, por primera vez, logré sentirla.

La alarma sonaba a las dos de la mañana, el aviso indicaba que debía prepararme sigilosamente para que nadie descubriera mi plan. Bajo mi cama, escondía mis herramientas: una mochila rosada contenía en su interior todo tipo de instrumento punzante. Los meses que pasé encerrada en mi cuarto me permitieron acumular todo el rencor generado desde que Conny había muerto. Me despojé de mi pijama, aretes, reloj y pulseras. Estaba lista para salir de mi casa e ir al patio. Una vez que mis pies rozaron el césped, mis uñas se transformaron en garras que permitían escarbar con agilidad, pero siempre con el cuidado necesario para perforar el orificio exacto en donde mi cuerpo entrara. Los insectos salían dispersos por todas partes, ciertos gusanos se enredaban entre mis dedos. Me dolía ver cómo los lastimaba. Las garras atravesaban sus cuerpos blandos. Mi intención no era matarlos, aunque tampoco existía otra opción. No tenía control sobre mí, el rencor dominaba

mis sentidos. Cuando bajaba más de cinco metros sabía que era el momento ideal para empezar con mi cacería. Miles de familias se desintegraban todas las madrugadas. Las colonias de ratones se alborotaban, y corrían sin dirección alguna. Trazaban nuevos túneles, pero yo era feroz. Me deslizaba con velocidad; mis brazos se estiraban abusando de la elasticidad con la que cuenta un ser humano normal. Aplastaba sus cuerpos, los diseccionaba. Jugaba con sus órganos para luego destriparlos con mis puños. Las madres roedoras suplicaban por sus pulperos, pero, así como no existió misericordia por Conny, yo fui indolente con ellos.

Cuando me cansaba, escurría mi cuerpo hasta llegar al sitio en donde descansa Conny. La habíamos enterrado en una esquina del patio, y desde que logré llegar a ella, todas las madrugadas, después de la matanza, dormimos juntas. Espero que Alexandra, algún día, pueda reencontrarse con nosotras.

124

Kathya Carvajal

Es estudiante de Literatura en la Universidad de las Artes. Ha publicado las reseñas literarias «Las malas: mujeres trans entre lo real y lo fantástico» y «Soy una tonta por quererte: La expansión del universo de Camila Sosa» en el blog *F-ILIA*, y «Las Manchas: gotitas rojas de melancolía» en *Indómita Media*. Le interesa la escritura de cuentos y poemas autoficcionales, que publica en su página personal de Medium.